

Prólogo

Rafael Hurtado es un valiente. Sí: me parece que empezar así estas líneas para prologar su libro exige esta afirmación rotunda. El tema elegido y su desarrollo poseen las notas de un acto humano claramente dependiente de la virtud de la fortaleza: buscar un bien arduo, superar dificultades, lanzarse con valor hacia el objetivo. El hogar, la familia, la relación entre mujer y hombre... constituyen un desafío intelectual y el autor lo afronta con decisión.

Mis líneas pretenden animar al lector a introducirse en estas páginas con el ánimo de descubrir algunas ideas conocidas, ciertamente, pero quizá poco meditadas. Rafael Hurtado recopila y reflexiona sobre ellas en base a textos de mucho calibre como el magisterio de dos grandes Papas: Juan Pablo II y Benedicto XVI. Elegidas con gran acierto, las citas comentadas nos recuerdan la trascendencia de la familia para el futuro de la humanidad y de la Iglesia así como la actualidad de documentos que pueden encontrarse en el olvido del lector. De ahí que dedicar un capítulo a estos Pontífices resulte un acierto intelectual.

Hay, sin embargo, más ideas que han llamado especialmente mi atención. Pienso concretamente en las referencias a los trabajos del hogar, hoy en día tan desprestigiados pero al mismo tiempo solicitados. Quizá valga la pena abordar aquí alguna prueba. Me referiré brevemente a la gran contradicción que parte del feminismo contemporáneo vive precisamente a raíz de esta cuestión. Lo que Arlie Hochschild ha denominado con frase feliz «transplante de corazón global» (*Global Heart Transplant*).¹

En efecto, mientras la mujer del Primer Mundo ha descubierto su libertad accediendo al mercado laboral con trabajos *full time*, ahora se ve en una disyuntiva: el primer feminismo la engañó haciéndole creer que la maternidad era una desventaja respecto del hombre, pero ahora no lo ve así y desea formar una familia y tener hijos. Sin embargo, se encuentra ante la dificultad de no tener tiempo para criarlos. Así, miles de mujeres de los países emergentes abandonan su hogar y sus hijos, para trabajar lejos de sus tierras y dedicarse al cuidado de hijos ajenos, cuyas madres han optado por acceder al mercado laboral.

Hochschild delata así la existencia de un nuevo colonialismo: la extracción oculta de un *abundante oro*, el del cuidado, que las mujeres del Tercer Mundo prestan con su trabajo doméstico en casas de sociedades capitalistas. La propuesta de esta autora es clara: suscitar una revolución social y de pensamiento para revalorizar «el cuidado de otras personas tanto como el éxito en el mercado».²

1. HOCHSCHILD, A. (2008), *La mercantilización de la vida íntima. Apuntes de la casa y el trabajo*.

2. *Ibidem*, p. 21.

¿Una utopía para nuestro tiempo? Parece que sí, porque el Primer Mundo acepta este trasplante de corazón global sin muchos reparos y con abundantes prejuicios: es la solución para paliar la amenaza del envejecimiento y promover más población económicamente activa (es decir, más madres que opten por trabajar fuera de casa). Obviamente, esta postura se defiende con razones humanitarias: gracias a estos trabajos, las familias del Sur reciben más remesas de dinero, mejoran la educación y la salud de sus hijos, etc. Además, no se trata de una fuga de cerebros sino de una fuga de mano de obra barata (aunque, de hecho, estas mujeres cuentan con estudios universitarios, pero del Tercer Mundo). Esto incluso en plena crisis.

No obstante, si observamos un caso concreto, estas justificaciones dejan de serlo. Tomemos, por ejemplo, la inmigración ecuatoriana en España (similar a la filipina en Estados Unidos, tratada por Hochschild). Al flujo migratorio de mujeres de ese país, ha seguido el aumento de suicidios juveniles: mientras en los años 90, el 10% de muertes se debía a esta causa, ahora ha ascendido al 20%. Además, siete de cada diez niños dejan sin acabar la educación básica y, por si fuera poco, los embarazos no deseados entre adolescentes aumentan cuando los padres son sustituidos por los abuelos. Queda claro que el cuidado que el Norte extrae deja un vacío en los países del Sur difícil de llenar y para el que no tienen recursos morales.

Pero simplificar el problema y caer en un maniqueísmo geográfico que acusa al Norte como el malo y defiende al Sur como el bueno, sería otro error. Hace más de un siglo, por poner un ejemplo, italianos, chinos y japoneses llegaban a América del Sur; hasta hace pocos años el flujo parecía el contrario. Ahora, a raíz de la crisis, el regreso de las mujeres empleadas del hogar

a sus países está resultando difícil: prefieren quedarse en los países donde ya se han ubicado.

Pero dejando esto claro, el punto aquí es otro. Si seguimos con la metáfora del trasplante, vemos a la mujer inmigrante y pobre, corazón del hogar, que se inserta dolorosamente en una realidad social capitalista, y se dedica a cuidar hijos y ancianos ajenos, a cambio de sueldos altos pero no lo suficiente como para facilitarle viajes para reunirse con los propios hijos. El punto por tanto es una escandalosa contradicción del feminismo primitivo: ¿cómo justificar la demanda de servicio doméstico en países desarrollados que lo necesitan porque sus mujeres lo han abandonado? Por eso, la crítica de Hochschild es lapidaria: «que dos mujeres trabajen por un salario es algo bueno, pero que dos madres renuncien a todo por el trabajo es algo bueno que ha ido demasiado lejos». ³

Claramente, ese ir demasiado lejos es responsabilidad del primer feminismo (no tanto a la mujer inmigrante, forzada muchas veces por las circunstancias y dispuesta a sufrir por su familia). La lucha del feminismo por una igualdad centrada en el poder económico y, por tanto, en el acceso al mundo laboral, asumió como por ósmosis elementos negativos del capitalismo y del individualismo liberal. En lugar de humanizar a los hombres, «capitalizó» a las mujeres; y en vez de socializar o «familiarizar» al ser masculino, convirtió al ser femenino en individualista.

Sin embargo, el nuevo feminismo ha levantado la voz. Frente a una concepción del hombre y de la mujer como seres estrictamente racionales, autónomos e independientes, ha promovido la Ética del cuidado. Cuidar implica siempre una actitud

3. *Ibidem*, p. 74.

de preocupación por parte de quien cuida y una situación de fragilidad por parte de quien es cuidado. Ahí donde aparece una carencia —y nos referimos también a carencias corporales y cotidianas—, cabe también una respuesta humana, que no reemplaza a la técnica, sino que la completa. No somos ni superhombres ni super-mujeres; somos vulnerables y necesitamos del cuidado de los demás para nuestro desarrollo como personas.

En este contexto, el hogar, la casa, pueden constituir la red primaria social y la fuente de humanización de todo ser humano, siempre y cuando se fomenten las actividades de cuidado que las refuercen. Actos en común como las comidas en familia, tareas materiales como cocinar, limpiar, decorar, etc., constituyen un servicio directo a la persona no sólo en su dimensión corporal, sino también cultural e incluso espiritual. Por eso, si esta red se rompe —como es el caso de las mujeres inmigrantes, privadas del contacto directo con sus hijos—, se rompen también elementos esenciales de nuestra identidad. Algunas soluciones de Hochschild para evitar esa ruptura resultan muy conocidas: la ayuda masculina en el hogar, políticas laborales familiares... Pero la más radical y difícil no deja de ser ésta: «la adjudicación de honor social al trabajo de cuidar».⁴

Las mujeres del Norte lo saben muy bien, aunque sea en forma de insólito tabú de nuestra cultura posmoderna: necesitamos del cuidado ordinario. Lo que en cambio muchas ignoran es que ese tabú es un prejuicio de esa misma cultura, que define lo humano desde el paradigma de lo racional. Por esto, la revolución que propone Hochschild debe ser también una revolución de pensamiento: o se defiende el carácter racional y libre (humano) y relacional (social) de las tareas manuales y co-

4. *Ibidem*, p. 213.

tidianas, o difícilmente se ganará la batalla. Obras recientes han comenzado a exponer esta posición, entre ellas las de Richard Sennett⁵ y Matthew Crawford.⁶

La obra de Sennett se decanta por unas tesis sumamente humanas: saber hacer bien las cosas y realizarlas por el propio placer de hacerlas bien, es una regla de vida simple y rigurosa que ha permitido el desarrollo de técnicas muy refinadas. Carpinteros, joyeros, fabricantes de instrumentos musicales han unido siempre sus conocimientos a la habilidad manual en una simbiosis de mente y mano que ha reforzado la sinergia entre teoría y práctica. Los ejercicios manuales repetitivos se constituyen en fuente de conocimiento; es más, poseen un carácter terapéutico, que cura una enfermedad muy extendida en nuestra cultura: el afán de perfeccionismo con el que la técnica nos engaña.

Por su parte, Crawford afronta el mismo tema desde principios clásicos y aristotélicos. Además de filósofo, es un orgulloso mecánico reparador de motos, convencido de la intrínseca relación entre cerebro y mano, de la racionalidad práctica presente en el hacer, de su dimensión ética y de su valor para regenerar una cultura narcisista centrada en el yo.

En ambos casos, la defensa de los trabajos manuales aparece como un reto para nuestra cultura racionalista (que identifica lo humano con la razón abstracta), para nuestra sociedad capitalista (que absolutiza el valor económico del producto) y para nuestra existencia individualista (que rechaza toda dimensión de servicio). Ni hay que confundir humano con racional, ni conocimiento con teoría. Hay muchos modos de conocer: el co-

5. Véase SENNETT, R. (2009), *El artesano*.

6. Véase CRAWFORD, M. (2010), *Con las manos o con la mente*.

nocimiento manual lo es también y se presenta con frecuencia como un conocer escondido (*hidden*), difícil de transmitir pero no por ello inexistente o inhumano.

La apología del trabajo manual y, más en concreto, del cuidado cotidiano no debería ser una causa perdida: Rafael Hurtado la afronta como un reto improrrogable de nuestra cultura. Buen tema para reflexionar y mejor aún para difundir, tal y como se pretende en esta obra. Mi enhorabuena.

MARÍA PÍA CHIRINOS
Facultad de Humanidades
Universidad de Piura, Perú